

RAÚL GÓMEZ:

COLORISTA industrial

Hace mucho tiempo entró a pinturas Ceresita. Trabajó en el área de aseo, envasaje y elaboración de diversos productos. Con los años se integró a la sección de pinturas, en la que ya lleva dos décadas, y que ha visto evolucionar desde que se trabajaba al ojo hasta la llegada de los computadores. Aquí nos narra su experiencia e historia como colorista.

POR CRISTÓBAL DUMAY FOTOS VIVI PELÁEZ



“T

engo 52 años y trabajo en Ceresita hace mucho tiempo. Hace cuatro que estoy en la planta de Soquina, que es propiedad de la misma empresa. Cuando llegué a la compañía estuve un año en la parte de aseo. Ahí empecé. Luego pasé a la planta, desde donde he derivado a diferentes departamentos: pasta de muro, envasador, terminación de pinturas, entre otros. Pero en 1988 pasé a trabajar como

colorista. Llevo cerca de veinte años en el tema de las pinturas. Siempre aquí.

“Yo he visto evolucionar este oficio. Antes de la llegada de los computadores y la tecnología, hacíamos todo al ‘ojímetro’. Cuando uno terminaba un color, se lo pasaba a la gente de control de calidad y ellos lo aprobaban. Si era rechazado, había que ajustarlo y volver a entregarlo. Siempre hemos trabajado con una carta de colores que nos orienta. Es como nuestra brújula o carta de navegación. Además, nos dan una ficha que viene con la cantidad de base, y en esos años, también indicaba la cantidad de concentrados que había que ocupar. Era una especie de receta para cocinar.

“En ese entonces trabajábamos en estanques de 3 mil o mil quinientos galones. Eran parecidos a una licuadora, pero en grande. Tenían unas aspas en el fondo que se encargaban de mezclar la pintura. Con baldes o tambores íbamos echando el concentrado, que era una especie de anilina o tintura, sobre una base que, por lo general, era blanca. Ahí uno tenía que tener la mano y el pulso calibrado para no pasarse. Además, había que hacerlo muy rápido, sobre todo en la temporadas de mayor demanda. Recuerdo que sacábamos muchas pinturas y colores distintos por día. Muchos.

“Hay colores más difíciles de hacer. El verde musgo o los colores oscuros son más complica-

dos. Para ellos se trabaja sobre una base blanca, pero con una capacidad de cubrir el color original del muro con más manos de pintura, a esto yo le llamo capacidad 'cubritiva'. Una parte con la base y sobre ella va agregando los concentrados necesarios para lograr el color que encargaron. Es más complicado de lograr. Pero siempre lo hacemos. Y, bueno, con veinte años en el rubro ya no cuesta tanto.

“Antiguamente, algunos maestros más artesanales utilizaban medias de mujer para filtrar la pintura. Pero en las empresas grandes como Ceresita eso no se hacía, era imposible. Alguna vez para pintar alguna casa lo hice, claro, para un pololito, pero a nivel industrial nunca se dio. Imagínese filtrar galones y galones con una media, ¡tendría que ser una 'panty' de elefante!

“Como le contaba hace un rato, luego de que yo estaba seguro que el color estaba logrado, lo pasaba a control de calidad. Lo aplicaban pintando alguna superficie, y lo secaban a una temperatura y tiempo específico. Por ejemplo, la pintura al agua tiene un secado de dos horas

y a 45 grados celsius dentro de una cámara especial. Luego llega el encargado y lo evalúa frente a distintos tipos de luz. Estas personas le dan el visto bueno o lo devuelven para corregirlo. Un daltónico aquí no puede trabajar.

“Yo viví el cambio. Aproximadamente el año 1995 empezamos a trabajar con computadores. Fue un poco fuerte. Uno estaba acostumbrado a hacer todos los colores y, con la llegada de la tecnología, empezamos a hacer cada vez menos. Veíamos cómo la máquina nos iba quitando el espacio y el trabajo. Nos sentíamos reemplazados por un computador. Pero con el tiempo nos dimos cuenta de que éramos irremplazables. Y aquí estamos.

“Hoy hago los colores más complicados, los que el computador no es capaz de hacer bien. Eso pasa mucho. El ojo es superior a la máquina. Cuando un cliente pide un color especial, uno que no existe en la base de datos del computador, nosotros tenemos que hacerlo al ojo. Esto se da muy seguido.

“Pegas grandes tenemos muchas. Me han



encargado cantidades enormes. Muchos galones. Miles. Pero nunca he sabido si son para pintar el Estadio Nacional, La Moneda o qué cosa. No nos cuentan eso a nosotros. Yo creo que los que más piden son las constructoras para pintar sus edificios. Tan sólo nos dan el encargo y nosotros como coloristas que somos, lo hacemos. Así de simple.” **EC**